

El deajo de la huelga de Correos



La supuesta solución de la huelga de Correos nos dejó una muy amarga y desconsoladora impresión. No nos parece que anuncia la vuelta a la normalidad, sino a una anormalidad crónica. Recuérdese, si no, el sedimento que han dejado otras huelgas que se creyó dominadas. Ni es el mejor procedimiento el de humillar y vejar a los sometidos sin respeto alguno a su dignidad. Porque hemos leído manifestaciones de ministros de la Corona que implican hasta insultos a los engañados.

Lo más triste que en el curso de este simbólico incidente del desgobernio de España hemos observado, es la actitud de una gran parte del público que sin detenerse a examinar el aspecto moral del conflicto, la cuestión de justicia, sólo veía el quebranto inmediato de sus intereses materiales o acaso no más que de sus comodidades. "No, yo no defiendo al Gobierno—se oía—, pero que no molesten al público, que ninguna culpa tiene." Pero el público tiene culpa, tiene mucha culpa, tiene la mayor de la culpa. Y la tiene por no interesarse en cuestiones de justicia y de dignidad, por no importarle el que se trate a los funcionarios con una desconsideración que es algo más que mala crianza. Pues de mala crianza es valerse de las armas gitanescas del engaño. La mendacidad no es nunca sistema de gobierno. Recordemos aquel fecundo verano de 1917 en que los centros oficiales se convirtieron en talleres de embustes, de calumnias y de otras infamias.

Otro tópico es el de que hay que dejar a salvo el principio de autoridad. Varias veces hemos opuesto a esto del principio de autoridad, el fin de autoridad. Porque la autoridad es una función, no una causa ni una sustancia, y se justifica por su finalidad. Y en cuanto a su prestigio depende de la autoridad personal, moral e íntima de quienes ejerzan la función de autoridad. Con frases indiscretas, con ironías de mala sangre, con arrogancias de jaque o con eso que se suele llamar habilidades y en que la veracidad no aparece, con eso no es fácil mantener el principio de autoridad.

Lo que aseguramos es que con este triste y simbólico incidente de la huelga de Correos, aumentará la íntima amargura que está acibarando

a la conciencia española y el sentimiento de la disolución moral de nuestro pueblo. Todos los ciudadanos, funcionarios o no, se percatarán que nuestros Gobiernos débiles, interinos, desautorizados, prometen sin intención de cumplir y cuando se les emplaza aprovechan el emplazamiento para descubrir su triste juego. Nadie puede ni debe creer en palabras de ministro.

Otro triste síntoma de la última refriega es que gran parte del público, juzgando, sin duda, por su propia menguada condición de ánimo, no ha visto en la huelga de Correos más que un movimiento en pro de ventajas puramente económicas, de ochavos. Y queremos hacer al Cuerpo de Correos la justicia de creer que se trata, además, de otras cosas.

Un ex director de Correos ha publicado lo que en este servicio se gasta en personal, pero ha omitido lo que se malgasta en material. Que es también en personal. El que esto escribe, conoce parte del distrito de Piedrahita-El Barco, de Avila, por donde es diputado el actual director de Correos, y sabe de unos miles de pesetas derrochadas inútilmente para el servicio y nada más que para servir intereses nada respetables, sabe de actos de caciquismo lesivos para el interés del público y del Estado. Sabe de una "conducción"—que nada tiene que conducir—de Becedas a Fuentes de Béjar, que es un verdadero escándalo electoral.

Y como éste hay cien casos. Casos que están obligados a poner de manifiesto los funcionarios de Correos. Pues sería lo más noble de su función descubrir los gatuperios de los gobernantes. Es decir, ejercer una función eminentemente política y fiscalizadora.

Y aquí está el nervio. Las huelgas de los funcionarios serán justas, serán patrióticas, serán nobles cuando sean políticas. Ni puede un sindicato de funcionarios prosperar mientras no se haga político. El sindicalismo apolítico en nadie es más absurdo que en funcionarios. El deber del funcionario es vigilar al gobernante y delatar al público sus abusos.

Más de esto, que sonará en muchos oídos, como la doctrina más subversiva, de ésta otra vez y con mayor detenimiento, porque lo merece.

